

RESUMEN HISTÓRICO.

Fue por largo tiempo un consuelo para el género humano el que hubiese, el que hallasen asilos abiertos todos aquellos que querian huir las opresiones del gobierno godo ó vandalo. Casi todo el que no era señor de castillo era esclavo. En la dulzura del claustro se escapaba á la tiranía y á la guerra. Lo poco de los conocimientos que quedaba entre los bárbaros, fué perpetuado en los claustros. Los benedictinos transcribieron algunos libros. Poco á poco inventos útiles fueron saliendo de los monasterios. Por de pronto, estos religiosos cultivaban la tierra, cantaban los loores de Dios, vivian sobriamente, eran hospitalarios, y sus ejemplos podian mitigar la ferocidad de aquellos tiempos de barbarie.

No puede negarse que haya habido grandes virtudes en el claustro.

Los cartujos, apesar de sus grandes riquezas, se consagraron sin descanso al ayuno, al silencio, á la oracion, á la soledad, tranquilos sobre la tierra, en medio de tantas agitaciones cuyo ruido apenas llega hasta ellos, y no conociendo los soberanos mas que por los rezos en que están insertos sus nombres..... Los benedictinos han dado muchas buenas obras..... Los jesuitas han hecho grandes servicios á las letras..... El primer deber es el de ser justo.....

Acaso no hay nada mas grande en la tierra, que el sacrificio que hace un sexo delicado, de la belleza, de la juventud, á menudo de la alta posicion, para aliviar en los hospitales ese amalgama de todas las miserias humanas, cuyo aspecto es tan humillante para el orgullo y tan asqueroso para nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión romana, no han nunca imitado mas que imperfectamente una tan generosa caridad.....

VOLTATRE.



ITAMOS á propósito antes de comenzar nuestra tarea en este capítulo, las palabras de un escritor que nadie ciertamente podrá tachar de indulgente para las instituciones católicas y para las de los frailes en particular.

Creemos haberlo dicho ya al principio de esta obra y lo repetiremos ahora, en el momento de ir á hacer un histórico resumen para mejor comprension de nuestros lectores: ni hemos querido hacer la apología de los conventos, ni su sátira; nuestra intencion constante ha sido la de hacer resaltar los grandes beneficios de unas instituciones que han con-

tribuido á la marcha de la civilizaci6n, y la de hacer constar como su relajaci6n las ha muerto en el seno mismo del cristianismo donde habian nacido. Todo esto unido con la historia particular de cada convento y la relaci6n de sus tradiciones, pues de esta manera hemos tratado de dar á la obra una amenidad que no hubieran ciertamente tenido en caso contrario.

El trabajo que ahora vamos á hacer no será perdido. En un cuadro general, y sin que nos detengamos á estudiar cada una de las fases que ha sufrido la vida monástica en la gran historia de la humanidad, vamos á presentar la historia de los conventos y á poner á los ojos del lector la escala proporcional, la especie, que así puede llamarse, de línea de relevos por la que vino la influencia monástica de oriente  occidente adelantando impvida en el camino de las riquezas y como diciendo orgullosamente: Hasta apurarlo!

Antes empero de entrar de lleno en nuestro asunto, nos parecen necesarias algunas consideraciones generales.

El ascetismo, que gua y conduce  la vida cenobtica, encuentra su origen en los sentimientos mas íntimos y mas profundos del alma humana; por lo mismo observan muy bien los escritores que no hay religi6n en que no se encuentren anacoretas y cenobitas. La soledad, el aislamiento, la poesía inmensa del desierto responden  una eterna necesidad del alma humana que, particularmente en ciertas situaciones, necesita campo en que espaciarse, necesita algo en que creer, algo que adorar. Por esto el Egipto, la India y la China han tenido siempre sus fanáticos solitarios; por esto Grecia tuvo la escuela de Pitágoras; por esto tuvo Roma un colegio de vestales.

El origen de la vida monástica se remonta  las primeras edades del mundo. El profeta Elías, huyendo la corrupci6n de Israel, se retir6 con algunos discípulos  orillas del Jordán donde vivi6 de yerbas y raices. San Juan Bautista sigui6 este ejemplo.

Desde un principio se vi6  los cristianos refugiarse en la soledad para no pensar mas que en el ayuno, en la oraci6n, en la penitencia, creyendo que tanto mas se acercaban  Dios cuanto mas se alejaban de los hombres. Fueron llamados *ascetas* del griego *asketes* (que se ejercita), porque se consagraban completamente  los ejercicios de la piedad.

El mismo Jesucristo marc6 con el sello de su aprobaci6n este género de vida pasando cuarenta dias en el desierto. Mas tarde, la base del estado monástico se ensanch6. Cruels persecuciones ensangrentaron los tres primeros siglos de la era cristiana, y vi6se entonces  los fieles de Egipto y lugares comarcanos correr al desierto en busca de asilos inaccesibles  los verdugos.

Entre estas familias, que un autor eleva nada menos que al número de 66,000 varones y 20,000 mugeres, habia muchos hombres entusiastas que esperaban hallar con sacrificios y rigores extraordinarios la calma que les huia. Estos solitarios vivian aislados unos de otros y en habitaciones separadas.

San Pablo, primer ermitano, se retir6  una gruta de la Tebaida en 259 huyendo las persecuciones de Decio, y hasta la edad de ciento catorce años vivi6 en una caverna, alimentándose de los frutos de palmera que tapizaban la entrada. Otro egipcio, San Antonio, abraz6 el mismo género de vida y tuvo numerosos imitadores.

Todos aquellos cristianos vivian en celdas 6 cabañas separadas, colocadas  alguna distancia unas de otras. Poco  poco fueron acercándose estas chozas, no solo porque aumentaron en número, sino por la necesidad moral que experimenta el hombre de vivir con su semejante. Los anacoretas se reunieron entonces para los ejercicios religiosos, invocando aquello del Evangelio: «Por todas partes donde dos de vosotros estarán reunidos para rezar en comun, yo estará en medio de ellos.» Respecto  lo demás prosiguieron viviendo separados, pero  partir de aquel instante los primeros pasos estaban ya dados y la vida conventual no podia tardar.

No puede verdaderamente negarse  San Antonio el título de *padre de los cenobitas* que se le da por escelencia, así como  San Pablo el del *primero de los ermitanos*, pero acaso pueden disputarse las razones de aquellos escritores que quieren suponer que se debe  San Antonio la instituci6n de los primeros monasterios.

La mayor parte de los autores tienen por institutor de la vida monástica  San Pacomio que fu6, en efecto, quien en el siglo cuarto estableci6 los primeros monasterios regulares, componindoles una regla comun que debian acatar y viviendo juntos cada treinta 6 cuarenta en una misma morada. Cada uno de estos monasterios tuvo un superior al cual la comunidad entera debia la mas absoluta sumisi6n.

De aquí empez6  nacer la distincion entre *cenobitas*, del griego *koinos* (comun) y *bios* (vida, vida comun), monges que vivian en comunidad, y *eremitas* del griego *remos* (desierto), 6 *anacoretas*, del griego *anash6reo* (yo me retiro), que vivian solos.

Por lo demás todos estos religiosos orientales cenobitas 6 anacoretas, vivian en la mayor pobreza ganándose con el trabajo de sus manos lo que necesitaban para vivir. No cultivaban la tierra de que ninguna parte poseian; su principal y acaso tambien su única industria era la fabricaci6n de esteras que te-

jian con hilos de palmera. Estas esteras, que eran de uso general en todo el Oriente, bastaban con su venta para cubrir las necesidades ya de sí bastante modestas y reducidas de los pobres solitarios.

Calcúlase que en el siglo V los monges egipcios escedian de cincuenta mil, pero el número parece exagerado. Sin embargo, es positivo que fueron inmensos los que corrieron á abrazar aquel nuevo género de vida, obedeciendo á aquellas santas palabras del Evangelio: «Si quereis ser perfectos, id y vended lo que poseeis, dádselo á los pobres y tendreis un tesoro en el cielo.»

Hay historiadores que prefieren los anacoretas á los cenobitas y los creen mas adelantados en la perfeccion, pero San Basilio entre otros ensalza á los cenobitas y dice: «que habiendo querido Dios que tuviésemos necesidad los unos «de los otros, debemos por esta consideracion unirnos todos los unos á los «otros; que las ventajas que poseemos son inútiles en una vida absolutamen- «te solitaria; que esta no se propone mas que un objeto, cual es la comodidad «del que la abraza, lo que es visiblemente contrario á la caridad que el Após- «tol ha tan perfectamente cumplido, y que consiste en no buscar lo que nos «es ventajoso en particular, sino lo que es ventajoso á muchos para ser sal- «vados; que los solitarios no reconocen fácilmente sus defectos, faltos de per- «sonas que les reprendan y corrijan; y que puede atribuírseles estas palabras «del sabio: *Infeliz del que está solo, porque si cae, no tiene á nadie que le «levante....*»

Si es efectivamente cierto que la vida monástica responde á una necesidad íntima y profunda de la humana naturaleza, cuánto mas cierto no es que esta necesidad debió sobre todo despertarse en el alma de las mugeres, de esos corazones poéticos por escelencia que vivian entre una sociedad entregada por completo al materialismo y á la violencia! Así es que, cerca de los primeros monasterios de hombres, y á su imitación, no tardaron en elevarse conventos de mugeres.

Parece que el primero de ellos fué fundado tambien por San Pacomio para su hermana, en frente de su propio monasterio. El Nilo separaba entrambas casas. Los monges entonces podian ver las religiosas que algun lazo de familia unia á ellos. A mas, hacian para ellas todas las obras que requerian la mano de los hombres, pero el fundador habia cuidadosamente alejado de sus relaciones toda intimidad, toda vida comun. Un solo caso, la muerte, producía una infraccion á esta regla severa.

Cuando una religiosa moría, las otras preparaban todo lo que era necesario para la sepultura, y la llevaban á orillas del rio que separaba los dos monas-

terios, cantando salmos segun la costumbre. Entonces los monges pasaban con ramos de palma y olivo y cantando la llevaban á la otra ribera enterrándola en sus sepulcros.

La vida monástica fué adelantando. San Antonio habia establecido los primeros monasterios en la baja Tebaida; San Pacomio en la Tebaida alta. El desierto de Scetis fué tambien muy célebre por la multitud de santos que vivieron en él y que obedecieron por gefe á San Macario el egipcio.

En 306, San Hilario, otro discípulo de Antonio, se retiró á la Palestina donde fundó monasterios parecidos á los de Egipto. La Siria fué tambien habitada por santos religiosos bajo la direccion de Aones, y por ellos los habitantes idólatras tuvieron conocimiento del verdadero Dios. La montaña de Sinai, tan célebre por haber sido la morada de dos santos, fué tambien habitada por dignos monges en el siglo IV. En Persia muchos solitarios, siguiendo las huellas de la sangre de otros cristianos que la derramaron generosamente por la fé, corrian al martirio con la misma generosidad. San Gregorio, apóstol de Armenia, introdujo asimismo la vida monástica en este reino. Por fin, casi no hubo provincia en Oriente donde no fuese establecida.

Pero su mayor brillantez fué cuando San Basilio la hubo introducido en el Ponto de la Capadocia hácia el año 363, y la hubo reducido á un estado uniforme; cuando hubo reunido los solitarios y los cenobitas; cuando hubo dado la postrer perfeccion al estado monástico, obligando á los religiosos á comprometerse por votos solemnes y les hubo escrito reglas, reconocidas tan santas y tan saludables, como una especie de resumen de la moral del Evangelio, á la que con el tiempo la mayor parte de los discípulos de San Antonio, San Pacomio, San Macario y otros antiguos padres del desierto se sometieron, dándole el nombre de *Patriarca de los monges de Oriente*.

La profesion monástica no hizo menos progresos en Occidente donde los disturbios suscitados en la Iglesia por el furor de los arrianos, la hicieron pasar hácia el año 339. San Atanasio que se habia retirado á Roma con varios sacerdotes y dos monges de Egipto, publicó la *vida de San Antonio* é inspiró á los occidentales el deseo de imitarle. Construyéronse entonces en Roma dos monasterios que sirvieron como de modelo al resto de Italia.

A fines del mismo siglo la vida monástica fué introducida en las Galias por San Martín. El obispo Máximo fundó los monasterios del Delfinado y del Liónés. La Provenza vino á ser émula del Egipto.

En España por el concilio de Zaragoza en 380 sabemos que se habian ya fundado monasterios. Ambrosio dirigia los de Milan en Italia. En África Agus-

tin habia obligado á su clero que hiciese vida comun. En Siria, cerca de las márgenes del rio Eufrates, Alejandro juntó los sirios con los griegos, los latinos con los egipcios, los reunió en comunidad y los dividió en coros. Severino los estableció en la Noricia, hoy Austria. De manera que el mundo quedó enteramente poblado de religiosos.

Por fin, á principios del siglo VI apareció San Benito imponiendo una nueva regla á los monges que habia reunido en el monte Casino, regla que la diferencia del clima exigió mas dulce que la de San Basilio y que bien pronto fué seguida por todos los monges que le veneraron como *patriarca de los monges del Occidente*.

San Agustin, religioso de San Benito y despues obispo de Cantorbery, enviado á Inglaterra por el papa San Gregorio para predicar la fé, introdujo en aquella nacion el estado monástico. Este estado se elevó á tal consideracion, que en el espacio de doscientos años treinta reyes y reinas de dicho reino prefirieron el hábito monacal á sus coronas, y fundaron soberbias abadías donde acabaron sus dias en el retiro y en la soledad.

Los monasterios fueron multiplicándose por todas partes con la brillante aparicion de Benito y de su regla escrita en el fondo de la solitaria gruta de Sublac. La fundacion de los monasterios y conventos se consideraba en aquellos tiempos como una de las espiacones de los grandes crímenes, asi es que los pecadores se apresuraban á tranquilizar su conciencia edificando asilos de paz y de religion.

La última mitad del siglo séptimo y particularmente los principios del octavo vieron elevarse un gran número de estos edificios piadosos, asilos ó mejor bibliotecas fortificadas donde las artes y las letras eran cultivadas con tanto ardor como éxito por hombres que se entregaban completamente á su estudio en el fondo del solitario claustro, como mas tarde los alquimistas, con menos éxito por cierto, debian entregarse con entusiasmo á las pesquisas de la piedra filosofal en oscuros subterráneos sepultados en las entrañas de la tierra.

Al rededor de estos conventos, á la sombra de los cuales se creian mas felices, se refugiaron pobres siervos que construian sus vacilantes cabañas, bien agenos de pensar que un dia se trocarian en pueblos aquellos grupos de miserables chozas para mas tarde convertirse en ciudades.

Brillante espectáculo el que ofrecen entonces aquellos tiempos á los ojos de cualquier filósofo pensador!

Roma, que habia tenido sus cuatro épocas: la monarquía, la república, el imperio y el bajo imperio, es decir que habia sido primero un campamento,

despues un palenque, luego un festin y por fin una orgía, Roma se habia dormido una noche libre para despertar al siguiente dia esclava.

Roma habia pasado, pero, ciudad predestinada, sobre sus escombros se elevaba un nuevo mundo. La doctrina regeneradora de Cristo la habia elegido por metrópoli. Habian desaparecido sus emperadores, sus cortesanas, sus cónsules, sus libertos y sus esclavos, y en su lugar se veia á ancianos venerables llevando la cruz y el Evangelio, á hombres que, predicando la instruccion y la libertad, se hacian mártires para que la posteridad agradecida les convirtiera en santos.

La historia, que ni miente jamás, ni jamás tuerce sus juicios, nos presenta á aquellos antiguos monges como los mas simpáticos modelos de las mas preclaras virtudes; nos los muestra reuniendo la brillantez de la inteligencia á la dignidad del sacerdocio, una dulzura inalterable á una firmeza invencible, encaminando á los reyes hácia la virtud, dirigiendo á los grandes hácia la instruccion, guiando al pueblo hácia la libertad.

Por desgracia esto duró poco, y hemos de creer que la regla de San Benito, esa gran manifestacion de la vida monástica, no fué exactamente seguida por todos los conventos que la adaptaron; y hemos de creer tambien que los desórdenes y los escándalos habian empezado á estallar en los claustros, cuando vemos en el siglo nono á Ludovico Pio ordenar la gran reforma del estado monástico, que guardó el nombre de San Benito de Aniana, uno de sus mas ardientes promotores.

La reforma se creia útil fundándose en que la mayor parte de los disturbios que brotaban en el seno de los claustros, provenian de ser diversas las reglas. Sometiendo todas las órdenes á una misma disciplina, la reforma contaba seguro su triunfo.

Para llegar pues á esa deseada unidad, especie de monarquía universal monástica, como política debia mas tarde soñarla el mas poderoso monarca del mundo, San Benito de Aniana compuso tres colecciones de reglas conventuales.

Primera: la de los monges de Oriente.

Segunda: la de los monges de Occidente.

Tercera: la de las religiosas.

Hizo de este modo un trabajo combinatorio de la concordancia de estas reglas, en el cual todas tenían relacion con los diversos capítulos de la regla de San Benito, como para servirles de comentario.

Sin embargo, esta reforma no satisfizo, y cuando se pretendió estenderla á todo el imperio de Carlo-Magno, suscitó los mas graves disturbios en los mo-

nasterios, y lejos de hacer duradero el imperio del orden, pareció haber tenido el triste privilegio de provocar la rebelion y la anarquía.

Los monasterios se convirtieron en una especie de palenques, en una especie de hervideros de pasiones y de intrigas.

En esto, la mayor parte de las naciones del Occidente, la España, la Italia, la Francia, la Inglaterra y la Alemania se veian ya invadidas por hordas salvages de indómitos conquistadores que convertian los templos en cuadras para sus caballos y las ciudades en orgías donde se entregaban con el mas insolente furor en brazos de sus desordenados apetitos.

En medio de toda esta crisis violenta, las letras se refugiaron completamente en el claustro esperando el gran día de darse á luz, día que lo debieron tambien á los hombres de la Iglesia que prepararon su restablecimiento con la conservacion de los manuscritos y con haber guardado la clave de las lenguas griega y latina, sin las cuales todos los tesoros de la ciencia hubieran sido inútiles.

A medida que las naciones empezaron á tomar consistencia, á medida que los pueblos empezaron á arrojar como una carga pesada el vasallaje impio de sus tiranos conquistadores, á medida en fin que los reyes empezaron á sentirse firmes en sus tronos, los monasterios empezaron á reflorcer acumulando rentas y riquezas que les legaban ya los nobles que morian en la guerra, ya los reyes que habian hecho voto de ello en sus empresas, ya los particulares que daban oro en cambio de oraciones que les abrieran el camino del cielo.

Hubo entonces una época en que los monges tuvieron esclavos y vasallos, los abades formando con ellos pequeños ejércitos tomaban parte en las contiendas civiles, organizáronse feudalmente y en lugar de ser hombres de paz, fueron hombres de guerra. La relajacion asomaba por todas partes su monstruosa cabeza, fué desconocido generalmente el espíritu de la primitiva Iglesia y manifiestas y repetidas las infracciones á los cánones. De manera que, como dice el abate Fleury, luego que los obispos y los monges empezaron á poseer grandes riquezas, dejaron de ser apóstoles y discipulos de Cristo.

Necesitaba esto un dique y he ahí que se presentó el siglo X, rico de reformas. La mas importante fué la de Cluny, en la cual el trabajo intelectual reemplazó al de las manos.

En seguida vino San Romualdo y fundó la orden de los *Camaldulenses* en Italia, y San Juan Gualberto la de *Valle Umbrosa* que destruyó la igualdad evangélica en el seno de los conventos.

En efecto, hasta entonces todos los monges, á escepcion del abad y prior, llenaban cada uno á su vez los trabajos mas humildes, sirviéndose mutuamente como hermanos. Con la nueva reforma se crearon los *legos*, encargados de los deberes serviles del monasterio. Ya desde aquel momento hubo en los claustros amos y criados.

En la época en que San Romualdo y San Gualberto fundaban sus conventos en Italia, San Bruno establecia en Francia la orden de los *Cartujos* y se echaban tambien en la misma nacion los primeros fundamentos de la orden del *Cister*.

Estos nuevos institutos monásticos se proponian todos restituir su primitiva pureza á la regla de San Benito, pero, justicia es decirlo, el espíritu del gran patriarca no habitaba ya entre los monges que, viviendo en una opulenta aristocracia, acabaron por despertar la grande democracia de las órdenes mendicantes.

En el siglo XII San Bernardo, el gran coloso de la reforma, el predicador de las cruzadas, pero tambien el perseguidor de la filosofía regeneradora en la persona de Abelardo, tan famoso en las escuelas, y que pagó con sus desgracias su reputacion y sus amores, San Bernardo, decimos, ilustró la orden del *Cister* elevándola á un grado de brillantez y de esplendor como pocas veces lo haya tenido ninguna orden monástica.

En la misma época Roberto de Abriselles estableció la orden de *Fontevrault* que puede considerarse como la caballeria monástica, y en la que se veia á hombres y mugeres sometidos todos á una abadesa que tenia el título de generala.

Finalmente, aparecieron tambien en el mismo siglo aquellos monges que se propusieron unir la profesion de las armas al estado religioso. Los *Templarios*, los caballeros de San Juan de Jerusalem que acabaron siendo la orden de Malta, los de la orden Teutónica, los de San Lázaro, y posteriormente en España los de Calatrava, Santiago y Alcántara, fueron comunidades religiosas conocidas bajo el título de órdenes militares.

El número de las órdenes religiosas se habia aumentado escesivamente en el siglo XII. Al principio del XIII el movimiento continuaba, pero las miras de los nuevos reformadores religiosos se dirigian mas casi á la ciencia que á la piedad, muchos de entre ellos fueron verdaderos sabios, dignos precursores de los eruditos Benedictinos de los siglos XVII y XVIII.

Entonces fué cuando se vió nacer las órdenes mendicantes, que se dieron como santo y seña reformar los abusos que las riquezas habian introducido en